

La dama le rechaza con toda su fuerza:  
 «¡ Está usted loco! ¿Qué hace usted? ¿Quiere usted que grite? ¡ Qué atrevimiento! Y... ¿á que no ha echado usted el pestillo?»



## XXV

Que si Francia, que si Alemania... Cuando aun saboreamos las delicias del *ménage à trois*, anglo-franco-español, concertado en la Conferencia de Algeciras, á la ligera, de pasada y como para que nadie haga caso, como puede decirse en estas notas por quien no tiene autoridad, me permití decir que el sentido común más rudimentario aconsejaba la alianza con Alemania, como más conveniente á los intereses españoles. De modo que no se dirá que me apasiono por Francia. Ahora, cuando veo que el apasionamiento por Alemania llega hasta desconocer y negar todo valor positivo á la cultura francesa, creo que, por lo menos, debemos acordarnos de que lo que sabemos de Alemania lo sabemos por Francia. Con todos sus defectos y su influencia más ó menos funesta en nuestra política, en nuestras costumbres, en nuestro arte—y tal vez el



pro contrapesara la contra,—todavía podíamos imitarla en mucho, que nos sería muy conveniente. Por ejemplo: en su patriotismo, no limitado al aspecto bélico. Bien haremos al no confundir en nuestra admiración á un Cousin con un Kant, á Corneille con Shakespeare; pero, ¿no es altamente plausible y no debiéramos imitar nosotros ese laudable afán de los franceses por elevar sus glorias y presentarlas rodeadas de todo respeto á la consideración de los extraños? Ciertó que es más ocasionada al ridículo la exagerada admiración, y nosotros somos un pueblo serio, que, por salvarnos del ridículo, caemos en la odiosidad de rebajar y denigrarlo todo.

La compañía de la Opera Cómica, de París, con su director, M. Carré, y su esposa, la espiritual artista Margarita Carré, han ido á Buenos Aires á dar unas representaciones de ópera francesa. Los periódicos hablan del valor, en sus dos acepciones, *courage et valeur*, de los artistas expedicionarios, de su abnegación al marchar á lejanas tierras á predicar la buena nueva del arte musical francés; el público se dispone á

recibir en triunfo á la gentil Margarita Carré y á su esposo... Lo mismo que aquí. María Guerrero, Rosario Pino, han hecho en América, por nuestro arte y por nuestro buen nombre, más que todos los embajadores y diplomáticos. A su vuelta nos contentamos con contarles el dinero; á la ida... no falta quien envíe un extracto ó crónica desacreditándolas. No digamos si el que viaja es algún escritor: ya nos encargamos de prepararle desde aquí el terreno, y cuando llega, va precedido de cartas particulares y artículos de muy buena firma, que vienen á decir en substancia: «Ahí les mandamos á ustedes ese pendejo, á quien aquí no admira nadie ni nadie toma en serio; suponemos que ustedes tampoco. ¡Ah! cuidado con los cubiertos». Lo mismo que enviaron los franceses á Clemenceau y á Anatole France; lo mismo que envían al más insignificante de sus cómicos ó cantantes. Aquí nos reimos mucho de esas cosas; pero con esas cosas pueden atreverse á escribir: «La Argentina, hija de Francia», y con razón se indigna Mariano de Cavia, y con razón no se indigna sólo con el autor de la fanfarro-



nada, sino también con los que desde aquí, por su desidia, la hicieron posible.

Entretanto, que si Francia, que si Alemania. Y ¿nadie se acuerda de Italia, que es la verdadera madre de todos los cerebros latinos?

Y no sólo de los latinos, sino de toda la cultura europea.

¿No debemos á Italia lo mejor de nuestro arte? ¿Nuestros poetas, nuestros novelistas, nuestros pintores? ¿No están Velázquez, Ribera, el Greco, en los pintores venecianos? ¿No está Murillo en Rafael? ¿No está Cervantes en *Bocaccio* y el Ariosto? ¿No está Calderón en Dante? Y ¿no está toda Italia en Lope de Vega?

Allá que la sombra negra del Vaticano se interponga entre las relaciones oficiales de los dos pueblos más hermanos en carácter, en glorias y hasta en desdichas: los demás no debemos ser ingratos ni olvidadizos. Aceptada la clasificación de pueblos latinos, si todos son hermanos, sólo Italia es madre de todos, y, sobre todos, gloriosa.

\* \* \*

La cuestión de las «capeas» ocasiona muchos disgustos en este año por esos pueblos de nuestros pecados. Mayores disgustos, pues que, con desigual injusticia, mientras en este pueblo se prohíbe la «capea», se permite en el de al lado, sin duda por disfrutar de mayor influencia cerca de los gobernadores. Mientras aquí se hace la ley gorda, dos leguas más allá se hila muy delgado. Sabido es que nada irrita tanto como estas diferencias y distinciones. Entretanto, llueven multas sobre muchos infelices alcaldes, á quien se quiere exigir que se impongan á todo un pueblo con tres números de la Guardia civil; bastantes menos de los que se envía en día de elecciones, cuando hay que poner miedo en los electores de oposición.

Gobernadores que, cuando presiden una corrida de toros en su diócesis, pasan por cuanto les pide el público, aun sin razón, en el natural deseo de evitar conflictos, quieren que estos pobres alcaldes, sin fuerza material, y con poca autoridad moral, se basten y se sobren para prohibir las «capeas». No saben los gobernadores que



el conflicto sería mayor para ellos si los alcaldes se obstinaron en prohibirlas á raja tabla.

Además, donde se paga á los maestros como aquí se les paga, ¿hay derecho á prohibir «las capeas»? De unas cosas provienen las otras, y cuando se quiere educar á un pueblo, hay que empezar por el principio.

\* \* \*

Otra de las especialidades del veraneo es, al derramarse por las varias regiones de España, los agricultores, que pudiéramos llamar de la cátedra; cuerdos en casa ajena que pretenden saber más que el loco en la propia.—Aquí tienen ustedes una riqueza sin explotar... Si se sirvieran ustedes de máquinas...

—Como no las despeñáramos por esos cerros—piensa el labrador socarrón.—Aquí tienen ustedes una riqueza en fruta. ¿Qué hacen ustedes con ella?—Nos la comemos.—¿Por qué no la exportan ustedes á Inglaterra?—Pues, ¡qué sé yo!

—¡Qué país éste! ¿Ustedes saben lo que pagarían por esta fruta en Londres?

El agricultor de gabinete, á los pocos días de regresar á la corte, recibe, muy bien acondicionado, un cajón de aquella riquísima fruta; la mitad llega para tirarla, y el viaje no ha sido muy largo. ¿No es ésta la mejor contestación á todos estos que quieren saber de la tierra y de sus productos más que sus cultivadores, que no se chupan el dedo, aunque otra cosa parezca, y saben muy bien dónde les aprieta el zapato?

Sí, algo hay que hacer por esos campos de España; pero ni es tanto ni lo que creen muchos que todo lo aprendieron en los libros. A la mayor parte de los campesinos, cuando van á enseñarles algo, ya están ellos de vuelta, y el viaje no ha sido muy fructífero. Y lo que dicen ellos: De consejos, la mitad en dinero.





## XXVI

Tan sobresaltados nos han tenido durante todo el verano con amenazas de conflagraciones europeas, cólera, disturbios interiores; tanto nos han gritado «¡el lobo, el lobo!», que cuando el lobo ha venido, en efecto, casi estábamos curados de espanto; y la verdad es que la intranquilidad de los espíritus no corresponde á lo crítico de las circunstancias. No parece sino que no fuera nada con nosotros. El ilustre político que consideró á España incorregible é ingobernable porque había perdido el pulso, hallaría ahora nuevas razones para reforzar su diagnóstico. No creo yo que hayamos perdido el pulso; lo que sucede es que no se nos altera por nada. ¡Nos hemos visto con el agua al cuello tantas veces! Sólo una gran catástrofe nacional, como la cogida de un torero, es capaz ya de conmovernos y alterar el ritmo normal de nuestras pulsacio-



nes. Menos mal; si fuéramos á emocionarnos por todo lo que vale la pena, estaríamos enfermos del corazón todos los españoles. Y ¿para qué hay una Providencia allá arriba y un Gobierno aquí abajo?

Pero los ricos son egoístas; ellos se toman sus vacaciones del veraneo y se molestan porque los pobres se declaren en huelga, que es, salvo enfermedad ó paro forzoso, su único modo de tener vacaciones. Con la diferencia de que no son tan divertidas como las de los ricos; porque las Cajas de resistencia no dan para tanto como las Cajas de los Bancos y las rentas de casas y tierras. ¡ Ah! Si los pobres tuvieran algún dinero para jugárselo en algún Casino mientras dura la huelga, nadie tendría que decir nada de ellos. Sería gente que se divierte; la gente que se divierte, no perturba. Pero ¿á quién se le ocurre holgar sin dinero? Peor todavía: á costa del dinero de los demás. ¿No piensan esos obreros que sus días de huelga significan tal vez el automóvil, la partida de «bac» del señor que veranea tranquilamente? Pues bueno sería que lo pensarán, que eso de no pensar más que

en sí mismos se queda también para los ricos. Bueno es que ellos no piensen que su automóvil, y su «bac», y sus «cocottes» significan el pan que falta muchos días en muchas mesas; porque si lo pensarán no se divertirían tanto, y conviene que los ricos se diviertan para que los pobres vivan. Cuando se han pagado seis reales ó dos pesetas por el trabajo de un hombre en todo un día, bien puede uno jugarse 1.000 pesetas á una carta, con la conciencia tranquila, y pedir energía á los Gobiernos para reprimir cualquier desorden, y espantarse de que haya quien hable todavía de problemas y cuestiones sociales.

\* \* \*

Una millonaria americana ha celebrado en París el segundo cumpleaños de un lindo perrillo de su pertenencia con una original y espléndida fiesta. Invitó á todos los perros y perras de sus amigas, que acudieron acompañados de sus distinguidas amitas, naturalmente. Hubo verdadera competencia en el atavío de los perros: collares y pulseras con piedras preciosas, golas de



magníficos encajes, mantas de fantasía, pañuelitos bordados. El héroe de la fiesta lucía un suntuoso manto, que era llevado graciosamente del pico por un pato blanco que, según dicen, cometió mil incorrecciones y acabó por tragarse un anillo de oro y brillantes que dejó caer una de las más espirituales falderas asistentes á la reunión. Se sirvió un delicado agasajo, y las revistas no dicen si se bailó ó se hizo música, ni si las alfombras y cortinajes ó las faldas de las amitas padecieron graves ultrajes. Tampoco dicen si el *flirt* se contuvo en límites decorosos ó hubo que lamentar algunas expansiones de dudoso gusto. Se supone que, siendo todos los perritos de buena casa y educados por señoras tan distinguidas, la reunión tendría el mejor tono. De seguro que no se mordieron unos á otros como sus señoras y dueñas, que saldrían encantadas de la fiesta. Sería interesante saber lo que pensaron los perros, y más interesante saber lo que dijeron los criados de la casa. De los maridos y los hijos de las señoras, no se sabe nada.

\* \* \*

No se dirá que nos descuidamos en los preparativos para solemnizar el centenario de Cervantes. El Salón Nacional, nombre ya de suyo sonoro y significativo, se llamará teatro de Cervantes, y, al anunciar el cambio de nombre, se anunció primeramente que actuaría en él una buena compañía dramática; pero después referencias muy autorizadas dan por seguro que actuará en él una de esas compañías de *varietés* tan poco variadas. Era lo único que le faltaba á Cervantes. Con un guiñol iría mejor servido; siquiera recordaría aquel retablo de Maravillas ó el famoso de maese Pedro; pero estas *varietés* á la moderna no sé qué puedan recordar, como no sean las desdichas que le persiguieron en vida y no dejaron de perseguirle en muerte, sin la tregua del centenario, que ya veremos cómo nos lo deparan entre unos y otros.

Admirable sería que, al engaño del nombre, acudiera algún extranjero al teatro de Cervantes creyendo hallar el verdadero teatro nacional, ó poco menos, y se encontrara con su buen garrotín y sus buenas coplitas en el más puro estilo cervantesco. Triste



sería que, sólo por los artistas y el público, pudiera creerse transportado á lo más triste de la triste España de Cervantes, y que, viniendo á festejar al autor del *Quijote*, sólo pudiera admirar al de *Rinconete y Cortadillo*, no tanto por la certera observación de su tiempo como por la penetrante visión del porvenir.

\* \* \*

Los franceses nos pondrán en solfa, y por eso, sin duda, padecen la obsesión musical de España. De diez ó doce conciertos anunciados en días pasados, de los que dan en París continuamente las bandas militares, no había uno solo en que no figurara alguna pieza de inspiración española. La *España*, de Chabrier; fantasías de *Carmen*; un Vito; fantasía de *El Cid*, de Massenet; serenata española. Eso sí, entre tanta música española ni un sólo compositor español. Basta con que la inspiración sea nuestra; ellos se bastan para instrumentarlo todo. Lo mismo que en Marruecos, y que en todas partes. Aquí cantamos y baila-

mos; ellos instrumentan... y cobran. ¿No ha sido ésta siempre la suprema habilidad francesa: instrumentar todas las músicas de todo el mundo? Sólo que hay músicas bravías que se resisten á todo pentagrama y á toda batuta. Napoleón, aquel gran director de orquesta, lo aprendió á su costa. Pudo con los pueblos entonces más civilizados y fué á estrellarse en los que él despreciaba más por incultos.





## XXVII

Si para todo Gobierno es siempre desagradable la perturbación del orden público, es natural que lo sea doblemente para un Gobierno liberal y democrático. Siendo el primer deber de un Gobierno el sostenimiento del orden, ¿cómo conciliar las ideas liberales con las medidas necesarias de previsión y de represión? Según frase de un eminente novelista y lastimoso republicano, en la vida los hechos van dando de punta-piés á las ideas. Pero no deja de ser triste cosa, cuando de ideas liberales se trata, que los hechos brutales puedan despedirlas de tan brutal manera.

Convalecientes todavía de un acceso de fiebre, en que, por fortuna, no todos han perdido la cabeza, aunque bien pudo temerse, no es ocasión de aquilatar errores y responsabilidades.



Hay en estos accesos agudos el peligro de que, por atender con premura á lo sintomático, se desatienda la dolencia esencial. Es indudable que los vínculos de solidaridad social entre unas clases y otras están muy relajados. Nadie sabe á qué alta claridad han de llegar las inteligencias para suplir el calor que falta en los corazones. Hemos apagado la lumbre antes de encender la luz, y todos vamos á tientas por la vida; no es extraño que nos tropecemos unos á otros á cada paso. Se ha destruído mucho y no se ha edificado lo bastante. La voluntad moderna es negativa. Sabemos muy bien lo que no queremos; nadie sabe de cierto lo que quiere.

Sería injusto desconocer, y los más apasionados enemigos y los más condicionales amigos, que son peores, no podrán negarlo, que el Gobierno ha salvado con gran cordura, digan otros con gran suerte, las difíciles circunstancias en que tanto podía pecarse por falta como por exceso.

El pueblo de Madrid, tan desconocido, tan calumniado á veces, ha dado una vez más pruebas de su ánimo sereno y bien

templado. Nadie se ha intimidado. El comercio abrió sus tiendas confiadamente; nadie dejó sus habituales ocupaciones y esparcimientos. La clase media, sobre todo, la que bien tendría motivos justificados para ir á la huelga y á la protesta violenta, puede decirse que ha sido en este caso el muro de contención contra posibles desbordamientos del motín amenazador, por una parte, de la represión excesiva, por otra. No olviden la Monarquía ni sus Gobiernos dónde está su más firme apoyo. ¿Los de abajo? Aun sin razones sentimentales. ¡Hay tantas razones de conciencia para perdonar sus errores y sus extravíos! La grey es buena... ¿Los pastores? ¡Pobre pueblo! ¡La vida es tan dura para él! ¿Cómo culparle si, para soñar y esperanzarse, prefiere todavía la blandura y dulzor de las mentiras lisonjeras al áspero y sano amargor de las verdades? ¡Si sólo se le acercan los que tienen aspiraciones de ídolos y ninguno que tenga vocación de mártir! ¿Cómo ha de escuchar nunca palabras de verdad? Hasta la entrada en Jerusalén, entre aclamaciones y palmas, hay



muchos Cristos; hasta la Cruz, sólo hubo uno: El que era todo amor.

\* \* \*

Bien merecen una especial recompensa los reservistas y licenciados temporalmente que se han presentado espontáneamente en sus respectivos Cuerpos, anticipándose á la orden de incorporarse á ellos.

Merecedores son también del mayor encomio los aristócratas veraneantes, los próceres ilustres, políticos y financieros, lo más saneado de nuestras clases conservadoras, que se han apresurado á dejar las comodidades y el descanso de sus residencias veraniegas para mostrar á la Monarquía y al Gobierno su lealtad acrisolada. Imponente fué la manifestación de todos ellos realizada en Madrid, pareciendo en los sitios de mayor peligro, ofreciéndose con sus servidores y empleados á defender y sostener el orden. No podían hacer menos por la Monarquía los que tanto hicieron por la Religión en los días del Congreso Eucarístico. Sólo los impedidos y achacosos se han

limitado á enviar sus adhesiones por escrito. Y, aun á éstos, habría que oírles en la terraza del Casino de Biarritz y en otros puntos del extranjero abominar de los viles afrancesados, que se aprovechan de los momentos difíciles para perturbar el orden y traer graves complicaciones sobre España.

Admirable ha sido su conducta, y razón es que, después de tan significativo acto de presencia, vuelvan á reanudar sus vacaciones, interrumpidas hasta que llegue el invierno y, con él, ocasiones en que lucir más tranquilamente Toisones, bandas y cruces, que tan bien saben ostentarse en los momentos de peligro como en las ceremonias pacíficas.

La Monarquía y los Gobiernos deben tener muy en cuenta la actitud de estas clases privilegiadas, que aun no han hallado por aquí su Lloyd George como en Inglaterra.

\* \* \*

Y nada más. De todo ello el Gobierno del Sr. Canalejas ha salido incólume, cuando



sus mejores enemigos y sus peores amigos esperaban que saldría muy quebrantado. Algo que importa más ha salido también incólume: la vitalidad de esta España nuestra, más resistente con su apariencia de debilidad que muchos organismos de robustez engañosa.

Y á este nuestro Madrid bien puede perdonársele su femenina debilidad por algún torero, en gracia de su masculina serenidad ante un espectáculo en que la mayor prueba de cordura era permanecer impasibles como espectadores; único medio de que no se hicieran locuras en el redondel, que, por fortuna, en esta ocasión ha sido todo olivo, considerado como símbolo de la Paz, para los bien intencionados. En su sentido taurino; para los que gritando ¡al toro, al toro!, no se contentan con quedarse entre barreras, sino que se suben al palco de la presidencia apenas suenan los clarines y, de paso que se ponen en seguro, le piden algún favorcillo al presidente; mientras los incautos lidiadores, jaleados por estos capitanes Araña, se juegan la vida en el ruedo.

## XXVIII

Gran revuelo en París. Cuestión de faldas: faldas de bailarina. Osados reformadores tratan de suprimir en el cuerpo de baile de la Gran Opera, el «tutú» ó sea la tradicional faldilla de las bailarinas. Dicen que es inverosímil—¡miren ustedes dónde demonios van á buscar la verosimilitud!— que en un baile de campesinos, ó de griegos, ó de romanos, se presenten las bailarinas con ese traje, sin época y sin estilo, que es sólo de bailarina, por unos de esos convencionalismos teatrales que, si bien se mira, ¡ay!, son todo el teatro. Hay quien, dejando á un lado la propiedad escénica, que nada importa cuando se trata de admirar bellezas femeninas, protesta contra el «tutú», en nombre de la Estética. Dicen que el «tutú» destruye la armonía de líneas. ¡Picarones!

En seguida han levantado partido, de



una parte, los tradicionalistas; de otra, los innovadores. Entre las mismas interesadas, las hay que están por las faldillas; las hay que están por las líneas. Las madres, corporación respetabilísima en el cuerpo de baile, inmortalizadas por Halevy en su *Madame Cardinal*, con su experiencia de madres, están por la falda: saben cuánto importa reservar alguna sorpresa para los momentos definitivos. La juventud, con sus impaciencias á la moderna, está por la línea. Saben que, como en Geometría la línea recta, en Amor la curva es la distancia más corta entre el escenario y el hotelito de sus sueños.

Hay también un partido intermedio: el partido templado de un transigente eclecticismo. Adóptese la innovación para las óperas y bailes modernos, y respétese la tradición para los del antiguo régimen. Hay tal vez abonados viejos, «fetichistas» de amor, para quien el «tutú» es toda la bailarina. Sería una crueldad privarles de la prenda sugestiva y evocadora.

Hay también un partido revolucionario y avanzado que, no sólo pide la supresión

de los tules y gasas, sino la supresión de las mallas, que, si no destruyen, ocultan las líneas. Dicen que siendo el baile exhibición de la belleza corporal femenina, ritmo plástico de formas y actitudes, tapar las formas de una bailarina es como tapar la boca á un cantante. Estos señores quieren que les canten á toda voz, y que les bailen... aquí no puede decirse á todo trapo; al contrario: ¡fuera trapitos!

Para comprender lo que esta cuestión interesa en París, es preciso saber lo que significa el cuerpo de baile de la Gran Opera, que es toda una institución nacional. Wágner tuvo que sucumbir ante su tiranía, amenizando *Tannhauser* con un bailecito, pues de otro modo no se hubiera representado nunca. Verdi, en todo el esplendor de su gloria, tuvo que intercalar también unas danzas en su *Otelo* cuando fué representado en la Gran Opera. Hasta el *Don Juan*, de Mozart, se ameniza con un añadidoailable, para el cual se aplica uno de los minués del mismo divino maestro, y la marcha turca, que cae en el *Don Juan* como el calañé en la cabeza de Dulcinea—



véase la ópera de Massenet *Don Quichote*, cuya representación en Madrid demandan algunos cervantófilos.—Buena obra para inaugurar el nuevo teatro de Cervantes, para que al «Inri» no le falte letra... ni música.

\* \* \*

Ahora que se agita la idea—en España se agitan mucho las ideas, por eso llegan las pobres tan cansadas cuando hay que ponerlas en práctica—de fomentar el turismo por los medios más adecuados, no sería malo convocar una Asamblea de veraneantes ó abrir una información pública para que expusieran sus observaciones, sus agrados y sus quejas. De este modo, podría trazarse algo así como un mapa hospitalario de España, que podría ser muy útil para los turistas.

¡ Hay que oír á muchos de los que regresan! Claro es que muchas veces el espectáculo está en el espectador y el viaje en el viajero. Los que buscan pueblecillos ignorados y tranquilos para su descanso, vuel-

ven encantados. ¡ Qué amabilidad y dulzura en el trato de los campesinos! ¡ Qué sencillez! ¡ Qué arte para adulterar los alimentos y encarecer los precios, para que el veraneante no eche de menos las comodidades de Madrid! ¡ Qué modo de amenizar la vida al forastero! Eso sí; el paisaje y el aire sano del campo compensan de todo. Salvo que el paisaje está todo acotado, para consuelo de los que no quieren terrenos baldíos, y no hay por dónde pasear ni por dónde asomarse al campo; salvo que el aire huele á paja quemada ó á carroña de animales muertos que se pudren al aire libre; salvo que los niños, que fueron de Madrid tan sanos, atrapan la tos ferina ó el sarampión, ó unas calenturas, gracias á la higiene de esos admirables lugares, reino eterno de Herodes.

¡ Oh, el campo, los pueblecitos! ¡ Qué bien se vive en ellos con una casa á estilo de Madrid, con criados de Madrid, haciéndose llevar los alimentos de Madrid, con periódicos de Madrid, amigos de Madrid y mucha agua de Colonia... de cualquier parte!

Los más exaltados africanistas debieran



emprender frecuentes exploraciones por muchos de estos lugares. Tal vez á la vuelta se hubiera enturbiado su fervor de civilizadores y conquistadores de tierras extrañas. ¡Pues no hay poco que civilizar y que conquistar sin salir de casa! Y no vale decir que para eso siempre hay tiempo, y para eso los tenemos cerca. Precisamente porque están cerca es posible que, si no los conquistamos pronto, nos conquisten ellos. Y que, á los bárbaros de fuera, se les ve venir; pero los de casa, no han avisado y ya están encima. Todo será que el hambre apriete un día demasiado. Así como así, con los remedios que proponen algunos economistas, dignos de los mejores tiempos de la Edad Media... Proteccionismo y cierre de puertas. Es el mejor remedio. Bien decía D. Juan Valera que la Humanidad estaba empezando á vivir.



## XXIX

El malestar ocasionado por la carestía de la vida es universal. Las gentes andan mal humoradas, y el mal humor se traduce en motines, huelgas y disturbios, con cualquier pretexto, que, no pareciendo suficiente á los que no quieren enterarse de la verdadera causa, les hace pensar en el oro extranjero, en traidores y agitadores extraños. Aquí pensamos en el afrancesado, como en tiempos de la invasión napoleónica.—Todo esto es como pensar en polvos misteriosos que envenenan las aguas, en tiempo de mortífera epidemia.

Claro es que, muchas veces, los mismos que protestan y se enfurecen, no se dan cuenta de la verdadera causa de sus furros. ¡Pesan sobre el dinero y sobre las necesidades materiales tantos anatemas poéticos y románticos, que á todos nos da cier-



ta vergüenza confesar, cuando andamos tristes y cariacontecidos, que la causa primordial es la falta de metales preciosos y precisos! ¡Hay tanta pasión de ánimo y tanta neurastenia que se curaría con unos cuantos billetes de mil pesetas! Y ¡hay tanto socialismo, tanto republicanismo y tanto idealismo que se curaría del mismo modo!

Los médicos y los gobernantes, para acertar en sus diagnósticos, han de ser algo materialistas. El estado financiero del paciente, individuo ó pueblo, es de gran importancia para diagnosticar y recetar con acierto. Hay tristezas que parecen, y así lo asegura el enfermo, de lo más espiritual del mundo; y con buena alimentación, diversiones y algún dinero, desaparecen en cuatro días, sin dejar señales. No hay más que comparar lo que dura un duelo en una casa donde la familia queda muy bien, con lo que dura donde, como suele decirse, el difunto se llevó la llave de la despensa.

Yo estimo en mucho á esas buenas señoras, serviciales y conecedoras del corazón humano, que, en las grandes catástrofes familiares, se dedican á ofrecer y servir ta-

zas de caldo, vasos de leche y yemas de huevo.

Este sistema, aplicado al gobierno de los pueblos, produciría los mejores efectos. ¿Que los pueblos se agitan y se inquietan por alguna idea política? Leyes económicas, de lo más grosero y materialista: la taza de caldo, el vasito de leche y las yemitas de huevos.—Llore usted lo que quiera, pero hay que tener fuerzas.—Así dicen esas señoras solícitas que, por haber asistido á muchos duelos de familia, saben el modo de curar desmayos y síncope de viudas y huérfanas. ¡Al estómago, al estómago! No hay que tomar el corazón muy en serio, ni en los pueblos ni en los individuos.

\* \* \*

Hasta ahora, el público del teatro de Apolo era el que ofrecía mayor resistencia á dejarse emocionar por la pura emoción artística. Los mejores éxitos literarios obtenidos por algunas obras en aquel teatro fueron logrados á punta de chiste. Presentarse allí á cuerpo limpio era empresa arriesgada.



Sinesio Delgado es testigo de mayor excepción. El éxito de *Lirio entre espinas* ¿será sólo un acierto de una obra y de un autor, ó ¿será también un acierto del público? Mucho habría que celebrar lo primero; lo segundo, doblemente.

Una de las grandes ventajas de los teatrillos y salones en que se cultiva el género llamado *varietés*, es haber sido un derivativo para que cierto público no busque en teatros donde debe cultivarse otro género, lo que en esos salones puede encontrar en abundancia.

Bueno es que se deslinde el campo. A un lado, el teatro; á otro, el escaparate. Que cada cual sepa dónde debe ir y dónde no, a satisfacer sus gustos y sus aficiones.

Hasta ahora, el arte y la literatura habían sido para esos teatros lirio entre espinas.

Esperemos que, en adelante, aunque no todo sean lirios, todas sean flores.

\* \* \*

Con los comienzos de la temporada teatral anuncia su alegre entrada en Madrid el invierno de los dichosos.

Como en las procesiones españolas, Dios grande y Dios chico, hay siempre dos estaciones en cada estación del año. Una, para los que tienen sus diversiones distintas en cada una; otra, para los que pasan los mismos apuros en todas ellas.

En unas casas se piensa ahora en el abono á los teatros, en bailes y fiestas, en las nuevas noches de invierno, en alfombras y pieles. En otras se piensa en la falta de trabajo, en la pobre ropa empeñada.

El invierno acusa, como ninguna otra estación, lo terrible de las desigualdades sociales.

El hielo que endurece la tierra y dificulta al pobre labrador sus labores, sirve para que los ricos patinen sobre él, bien aforrados en pieles. Por si el hielo natural falta para su diversión, tienen patinaderos de hielo artificial.

La industria de los hombres no se ha cuidado tanto de aliviar males al pobre como de aumentar goces al rico. Verdad es que los pobres pagan mal y agradecen peor.

Por eso nadie trabaja para ellos; ni ellos mismos. Todas las comodidades, todo el



lujo, todo lo que embellece y alegra la vida, pasa por sus manos sin dejar rastro de bienestar, de belleza ni de alegría. En sus manos todo es trabajo, pena y miseria.



## XXX

¡ Buenas reprimendas se está ganando Italia, de la parte de las señoras mayores, por querer ella jugar también á la señora mayor y hacer de gran potencia! ¡ Como si fuéramos todos unos, frailes y tamborileros!

¡ Tendría que ver! Cuando las grandes andan con mil remilgos y miramientos por no tropezarse ni ofenderse, que una loquilla viniera á enredarlas á todas.

Están Francia y Alemania, muy señoras y muy reverendas, nota va, nota viene, hasta aquí cedo y de aquí no paso, por si pueden evitarse el venir á las manos, que las dos tienen muy ocupadas, y se le ocurre á la señorita sin juicio de las tarantelas echarse de conquista y de bulla por esos mares.

Las grandes señoras, acostumbradas á ponerse el mundo por montera, dicen, escandalizadas ante la empresa de Trípoli, que



esas no son formas entre naciones decentes y que de quién las habrá aprendido Italia.

—Ella no tiene posición para eso—como decía una aristócrata, censurando á una burguesa que se permitía tener amantes.

El que tiene posición puede permitírsele todo en este mundo. Pero el que no la tiene ¿cómo llega á tenerla? ¿Cómo van á llegar los pequeños á grandes, si los grandes tienen monopolizados todos los medios de engrandecerse?: el atraco, el despojo, la estafa; los medios más usuales entre naciones decentes y civilizadas.

\* \* \*

Peligroso, peligrosísimo juego, que no aconsejaríamos á ningún Gobierno, es el de ilusionar y desilusionar de un día á otro.

Contra su certero instinto de gato escaldado, el pueblo español está como quien quiere creer, si no cree; en las mejores disposiciones para terminar en creyente. No pide milagros, pero... ¡si se los cuentan! Casi, casi, se dará por contento con volver de la aventura, como el gitano tuerto, por

lo menos con el ojo que le quedaba sano. No pretendamos ponerle vendas en los ojos, que la verdadera fe no se falsifica con nada; y no hagamos que, por querer infundírsela con milagrerías, acabe por no creer ni en los milagreros ni en los verdaderos apóstoles. Hasta ahora sólo cree en los mártires.

\* \* \*

La Biblioteca Nacional era una institución intangible é inviolable. Un distinguido escritor se lamentaba días pasados de que nadie sostuviera una campaña contra esa plaza fuerte. Sólo algunos artículos en broma y algunas quejas tenues.

Las bromas no sientan mal, y, por desgracia, es más fácil llamar la atención sobre un asunto echándolo á broma que tomándolo en serio. Las quejas... ¡Caramba! ¡Cualquiera se atreve á insistir! Apenas se atreve uno á protestar contra una deficiencia, un descuido, salen como energúmenos unos cuantos señores, clamando que todo ello es ganas de molestar, que la Bi-



biblioteca es una perfección y no hay nada que mejorar ni que corregir en ella ni en sus servicios. ¡Admirable institución que ha llegado á ese punto en que ya nada puede mejorarse!

Cuidado que en esas quejas nada iba contra el respetable Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios; al contrario; más se procuraba que se les aliviara en trabajo y se les aumentara el sueldo. Pero nada, ni aun así agradecen las quejas.

En cuanto á los señores de la casa, los eruditos y bibliófilos del santo y seña, esos ya es sabido que son como los devotos beatones: parroquianos fieles de una iglesia, les molesta cualquier extraño que venga á turbarles en sus oraciones. Dicen que para cuatro golfos que van á la Biblioteca á destrozar los libros... Yo tengo la seguridad de que peligra más un libro en manos de un bibliófilo, rata de biblioteca, que en manos de un golfo. La verdad, no veo á un golfo arrancando hojas de un libro, para ahorrar-se el trabajo de copiarlas ó para evitar que otro las copie. Además, cuánto mayor sea el número de golfos que acuda á la Biblio-

teca, menor será el peligro de que manchen ó estropeen los libros. Cuantos más sean los que pueden verse unos á otros, más cuidado tendrán de que alguno pudiera delatarlos en su vandálica tarea. Sabido es que en París estaba más seguro el Museo del Louvre cuando, por ser gratuita la entrada, acudían numerosos golfos, que cuando, por costar dinero, apenas si acudían más que los extranjeros y provincianos. En los tiempos de la entrada libre y popular no hubo ningún robo. Acaso hubiera sido imposible el de *La Gioconda* con el sistema de la puerta franca. Del mismo modo, facilitando la asistencia de numeroso público á las bibliotecas, serán más difíciles esos actos de destrucción y de mala crianza. El público es el mejor vigilante del público. Y aunque se destrocen algunos volúmenes... Todos hemos aprendido á leer ensuciando y rompiendo libros; si por eso no hubieran vuelto á poner un libro en nuestras manos, ni hubiéramos aprendido á leer... y ¡pobre libro el que hubiera caído después en poder nuestro! Siempre hubiera sido el enemigo odioso.



La Biblioteca popular puede servir para todo esto: para que se desahogue el odio al libro, rompiendo y ensuciando unos cuantos; y después... para que se le vaya perdiendo el miedo, y, por fin, para que se le vaya tomando cariño.



## XXXI

La buena obra del desayuno escolar, de las cantinas escolares, está en buenas manos, y es seguro que se salvará del infructuoso destino de ir á estrellar el cielo.—¿Por qué ha de decirse empedrar el infierno, cuando de buenas intenciones se trate?—Ninguna buena intención se pierde, aunque no pase de la intención. Toda simiente espiritual fructifica, más tarde ó más temprano, en la realidad práctica.

Si fueran graves y sesudos varones los encargados de llevar á cabo el buen propósito, no habría que fiar mucho en su realización. Todo se perdería en discusiones, Memorias y nombramiento de cargos. Las señoras son más expeditivas en todas sus resoluciones, discuten andando; sus discusiones no son por discursos en severas sesiones, sino por réplicas animadas y vivas en charla amistosa. Las señoras son únicas



también en el manejo y dominio de las cifras. Mientras los hombres necesitan servirse de la tabla de logaritmos para averiguar el precio de las patatas, con todo rigor científico, las señoras, por los dedos muchas veces, calculan y resuelven los problemas más dificultosos mejor que Inaudi.

No quisiera yo actuar solamente de jaleador y tocador de palmas en empresa tan loable. Desde ahora me ofrezco á las distinguidas señoras para cuanto crean que pueda serles mi cooperación de alguna eficacia.

Muy explotado está el teatro y cuanto con él se relaciona, para pensar en recargarle con un nuevo tributo. Algo queda todavía sin explotar, que bien pudiera explotarse en beneficio de tan buena obra. Los gorrones y los *pelmazos*. ¿Por qué no ha de cobrarse un impuesto de caridad sobre los vales? El que asiste gratuitamente á un espectáculo, con mayor razón debe pagar ese impuesto. Son muchos también los aficionados á curiosear en lecturas, ensayos, sobre todo en los generales. ¿No estaría muy en razón también que pagaran con algo las primicias y el figoneo? En todo lo de este

mundo—¿no es verdad, viejos verdes?—las primicias es lo que más se paga. Sólo en el teatro son gratuitas.

Por mi parte, y desde ahora, fuera de los precisos operarios, como dice el cartel de las corridas de toros, á todo curioso, figón, *pelmazo* ó buen amigo que asista al ensayo de una obra mía, le sablearé sin consideración alguna y pondré á disposición de las damas lo recaudado. ¿Que entonces no habrá curiosos? Por lo pronto, eso iremos ganando.

De cualquier modo, bueno sería que las empresas y los autores se pusieran de acuerdo para explotar á todo *pelmazo*.—Entiéndase lo de *pelmazo* en el mejor sentido de la palabra.—Cada cual puede aplicar este ingreso, que al cabo del año sería importante, á la obra meritoria más de su agrado y de su simpatía.

También pueden rendir un tributo los ejemplares regalados, las tarjetas postales firmadas y demás molestias hasta ahora gratuitas y, por lo regular, poco agradecidas.

Los tiempos son prácticos, pero como los escritores y artistas hemos convenido que



no está bien serlo en provecho propio, sigamos siendo desprendidos y generosos; pero ya que hemos de padecer tanta *lata* por amor al Arte, que nos sirva á lo menos de satisfacción padecerla en provecho de alguna obra de caridad.

\* \* \*

En los salones de variedades se inicia un renacimiento nacional. Hasta ahora las canciones eran imitación ó traslado de *couplets* extranjeros. Hoy se cantan canciones españolas, antiguas y modernas; las artistas se tocan con la mantilla blanca, gran peineta y claveles—también se tocan de otras mil maneras; pero quédese esto de jugar del vocablo para sus intencionadas canciones.—Renace también el baile clásico español: fandango, bolero y panaderos; hay trajes del siglo XVIII y bailarinas de la misma época. ¡Ese siglo XVIII, el más afrancesado, que muchos tienen por el prototipo de lo castizo! ¿No hay quien tiene á Goya por el más español de nuestros pintores? A Goya, que unas veces pintó como los ingleses, otra

como los franceses, y cuando pintó á su manera pintó de muy mala manera.

Verdad es que yo he leído en papeles de la época cómo se censuraban los sainetes de D. Ramón de la Cruz, como género á la francesa.

También creo que en este españolismo de bailarinas y cantadoras hay más de afrancesamiento que de españolismo. La prueba es que cuando vienen más españolas es cuando vienen de París. Y es que, ante la niveladora civilización, lo castizo va emigrando de unos pueblos á otros, como curiosidad de exportación. Dentro de poco será lo más difícil, para los curiosos de costumbres pintorescas y características, saber dónde han de hallar las de cada pueblo, porque lo más italiano estará en la Argentina, lo más americano en París, lo más francés en Nueva York, lo español, en Rusia, y lo ruso, en China. En Arte sucederá lo mismo: el del Norte habrá pasado al Mediodía, y viceversa. Los europeos pintarán como los japoneses, y los japoneses como los europeos. Habrá corridas de toros en Londres y boxeo en Sevilla. En Alemania no gustarán



más óperas que las italianas, y en Italia, las de Wágner y Strauss. En Madrid se representarán operetas vienesas, y en Viena, zarzuelas españolas. Los pueblos juegan á las cuatro esquinas, y cuando alguien pide un poco de casticismo, en todas partes le dicen:—Por allí rebulle.—El cosmopolitismo es ya castizo en todas partes; lo castizo se ha hecho cosmopolita.



## XXXII

Muy doloroso es ver renovarse á cada paso de nuestra historia la negra leyenda de las torturas inquisitoriales. Pero hay que confesar, por muy triste que sea, que no hay leyenda ni calumnia sin fundamento. Cuando se ha pecado mucho, son necesarias muchas y muy seguras pruebas de virtud, hasta llegar á convencer á las gentes de que en verdad hemos mejorado nuestra vida y costumbres.

En realidad, sólo nos alarmamos cuando los de fuera nos llaman la atención sobre estos supuestos actos de crueldad. Pero, en familia, entre nosotros, todos los días celebramos y alentamos estos procedimientos, más frecuentes de lo que parece, en actuaciones procesales, en cárceles, en Juzgados y hasta en Delegaciones. ¿Vale hacernos los ignorantes, si todo ello es á ciencia y aquiescencia de todos? ¿Quién no ha oído